

timiento que había prodigado sin reserva! Fuera, como en su interior, siempre encontraba la más triste soledad. ¡El enternecimiento que el joven sentía en aquel instante no era tanto de piedad hacia ella, como de compasión hacia su hijo!

XV.

Los ocho días que la Condesa había marcado para que tuviera lugar el casamiento de Allán y Camila, pasaron muy pronto. Como su vuelta de Italia apenas se sabía en París, y como, por otra parte, el estado de su salud era más que suficiente pretexto para no dar grandes fiestas con ocasión del matrimonio, no invitó á nadie, y se resolvió que nada cambiaría en la vida que llevaban los tres en el castillo, hasta el invierno, época en que los jóvenes esposos pasarían á París.

El casamiento se hizo, pues, como debieran hacerse todos los casamientos: sin ruido, en el fondo de una campiña, en una pobre iglesia de aldea. Ninguna amiga envidiosa, irónica ó impía, acompañó á aquellos dos jóvenes que se unían delante de Dios, ni nadie espío las alegrías modestas de la mujer en la frente donde al día siguiente miradas obscenas hubiesen querido encontrar confusos rubores.

No tuvieron de testigos más que algunos

jóvenes y algunos ancianos de la aldea, vestidos con sus trajes del día de fiesta: almas sencillas que veían en la ceremonia del matrimonio el acontecimiento más grande de su vida en el porvenir, ó el más tierno en el pasado.

Camila había tomado como *couche-bru* (1), como dicen en el país, una de las jóvenes que habían venido la víspera á ofrecerle el naranjo de donde debía escoger la rama de costumbre, destinada á su frente. ¡ Aquella rama no era ya un símbolo! Aunque dichosa, la joven miró largo tiempo con desvarío aquella flor blanca que iba á mentir, y ruborizándose por las dos, la disimuló púdicamente bajo una de las trenzas de su espléndida cabellera. De esta manera, la flor que debía ser símbolo de la inocencia, se convirtió en emblema del misterio que ocultaba en su seno.

La señorita de Scudemor nunca había estado tan bella: las imágenes del pasado, uniéndose á las ideas que hacían nacer las circunstancias de aquel día, le daban un embarazo encantador, una turbación llena de embriaguez, de ardores, confundidos con tristezas más voluptuosas que ellos mismos; hasta en su modo de andar se reflejaba lo que su alma

(1) Doncella de honor.

sentía. Desde la puerta del parque hasta la iglesia, se apoyó en el brazo de Allán..., no como una joven tímida é ignorante, sino como la mujer feliz y orgullosa con el amor de su marido. Había alguna cosa de uno y otro sentimiento.

Al verla así adelantarse, cogida al brazo de Allán, un observador ó un poeta de segura intuición hubiera tal vez sospechado la posición de aquella desposada; pero como no había poetas ni observadores entre aquellos aldeanos, no sabían que, para hacerla más embriagadora, á la dicha actual de aquel día se juntaba la de los recuerdos. Gentes cándidas, que no habían reflexionado sobre sí mismas, y que ignoraban que el haber sido culpables hace más dichosos que haber permanecido inocentes cuando llega el día de la unión deseada.

Se habían esparcido flores por la nave, cuyas vidrieras abiertas dejaban correr un aire puro y fresco. Más de una vez, durante la ceremonia, los pichones del presbiterio vinieron á posarse en el borde de las ventanas, como mensajeros de la alegría. Camila podía verlos desde el pié del altar, donde recibía la bendición del sacerdote.

Un pensamiento supersticioso le ocurrió, como sucede con mucha frecuencia en las circunstancias más solemnes de la vida, aun á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1925 MONTERREY, MEXICO

los menos soñadores : imaginóse que aquellas aves eran un presagio , y que si abandonaban la ventana antes del fin de la ceremonia, su felicidad se iría con ellas. ¡Ay! las aves volaron....

La brillante hermosura de Camila se cubrió de una palidez repentina, tan grande como la de su madre, que se hallaba de pié á su lado, y miraba casar á su hija sin sonrisas y sin lágrimas. Únicamente que la palidez de la joven desaparecería con sólo oír hablar á Allán, mientras que la de su madre era un sudario que la cubriría en la tumba.

Después de la ceremonia, la recién casada quiso volver á pié al castillo; y como el estado de la señora de Scudemor exigía muchísimos cuidados, subió ésta al carruaje, y los dejó solos. Era el mes de Junio, ese mes inundado de luz y abrasado por el sol, como una mirada de mujer enamorada.

Por la parte opuesta al pantano, el aire era tibio, y todo el camino que recorrieron estaba embalsamado por el penetrante perfume de las colzas en flor. En otros lugares el trébol extendía su laca carminada sombría, no habiendo árbol ninguno que sombreara aquellas llanuras.

Allán y Camila las atravesaban paso á paso, siguiendo los caminos estrechos que trazan las carretas alrededor de los campos cultivados.

Aquel paseo les recordaba los que habían hecho hacía cuatro años por aquellos mismos sitios, sobre todo á Camila, que encontraba en él un encanto indecible....

Se acordaba de su aislamiento durante la enfermedad de Allán, y la memoria del mal pasado sazónaba deliciosamente las emociones que absorbía en su corazón. En aquellos campos era donde había sufrido todas las angustias que llevaba consigo su celosa amistad, que tan bien presagiaba el amor.... Allí era donde se habían secado las lágrimas que tantas veces derramara.... y ahora lo mismo, que no distinguía las huellas de su diminuto pié en la tierra roja del sendero, en su alma tampoco quedaban ya señales del dolor sufrido.

—Este paseo (decía la recién casada) es una especie de peregrinación. Quería yo que el día en que nos hemos unido para no separarnos más, pasásemos juntos por el sitio en que tantas veces he estado sola, siendo tan desgraciada. Cuando estuviste enfermo de resultas de tu caída y de la fiebre que fué su consecuencia, y te tuvo á las puertas del sepulcro, mi madre me desterró de tu habitación, y á este sitio venía yo á esperar la terminación de aquellos días tan largos.

Allán estrechó su mano, y aquella dichosa mujer creyó que era comprendida.... viendo en

su silencio una emoción que no existía. Sus palabras habían despertado punzantes recuerdos en el corazón de su marido. Pensaba en Iseult y en los cuidados que le había prodigado, y recordaba de qué manera se hallaba sentada al lado de su lecho, experimentando, por una contradicción singular, en aquel momento, una sensación, que más se asemejaba á un pesar que á un remordimiento.

Desgraciado de él, que, apartando la vista del presente y del porvenir, miraba con tedio el uno, y, disgustado de la perspectiva que el otro le ofrecía, pensaba en el pasado, que ya no le perteneciera, cometiendo de este modo con el pensamiento la primera infidelidad con su mujer después de haberla amado tanto, y en el momento en que Camila empezaba á pertenecerle para toda la vida, cuando acababa de jurarla ante Dios y ante los hombres que la amaría siempre.

Pero sintió vergüenza por aquel pesar involuntario, le sofocó, y creyó haber concluído para siempre con el pasado; mas ¡cuánto se engañaba! Un primer amor influye en toda la vida. Se ama después de él, y tal vez con más pasión; pero queda siempre una señal en el corazón, señal maldita ó bendita, pero siempre indeleble. El dedo de la primera mujer amada es como el de Dios: su huella es eter-

na. Á cada amor que acaba, á cada ilusión que muere, á cada rizo de cabellos que se corta, no sucede más que una imagen sola que se desliza en el vacío del corazón, y como si nunca existiera en él más que una: la de la mujer vendida.

Los casados saben esto muy bien. Es preciso estar locamente enamorado, ó ser muy estúpido, para que el día mismo de la ceremonia nupcial dejen de experimentar, aun los que menos han vivido la vida del corazón, tristezas incomprensibles. Se ha visto á muchas jóvenes colegialas, casadas por la mañana, estremecerse por la noche en el baile, cubiertas de sus galas, sin saber ellas mismas por qué sentían tal impresión en semejante día. Allán procuró ocultar los pensamientos lúgubres que entristecían su alma en medio de las alegrías poco ruidosas de la sencilla fiesta que se dió en los Sauces. Los aldeanos y los pescadores del Douve bailaron en los patios y sobre el musgo, mezclándose Camila misma en el baile; mas se retiró temprano. No era ya la joven temblorosa que ve llegar la noche con un pudor inocente y con deseos mal combatidos, no; sabía lo que había detrás de la cortina del lecho nupcial, y si deseaba llegase la hora misteriosa y sagrada, era por estar sola con el hombre que amaba, y poder entregarse á él

por completo, sin miedo de ser interrumpidas sus caricias.

Por fin llegó el momento en que, cerrándose las dos hojas de una puerta, formaron un desierto á su alrededor. Acababan de dejar á su madre, á quien la fatiga había obligado á acostarse temprano. Allán experimentó tal turbación en el instante, que deseaba una noche tranquila á la mujer que abandonaba en el mismo lecho donde otras veces había estado con ella, para ir á pasar la noche *con otra*, mientras ella procuraba dormir (si el hijo que llevaba en su seno no interrumpía el descanso), que el beso destinado á la mejilla, se dió, por un movimiento rápido y confuso, en aquellos labios tan conocidos, siempre fríos y secos.

—¡Oh! ¡gracias á Dios que estamos solos!
—dijo Camila con la ingenuidad de un amor profundo, entrando en la cámara que ambos debían habitar en adelante.

La señora de Scudemor había cuidado por sí misma con la mayor escrupulosidad de todos los detalles de aquella habitación. Todo era cómodo y elegante, dejando conocer la imaginación de una mujer que ha conocido el amor y el lujo especial que exige. ¿Y quién podría asegurar que no hubiera habido para Iseult un dolor al lado de cada detalle de aquella cámara, adornada y arreglada por ella? Pero, á pesar de

todo, no había olvidado ninguno. Tal vez habría acompañado un pensamiento cruel ó triste á cada cuidado tenido para que la felicidad de Camila no tuviese que padecer con ninguna de las cosas que iban á rodearla, para que los pies desnudos de la dichosa desposada no encontrasen un tejido demasiado áspero en el tapiz que debía recibir su huella.

La fiesta en el castillo concluyó muy temprano, porque se respetaba el descanso de la señora de Scudemor, y los aldeanos tampoco prolongaron mucho sus danzas ni sus cantos.

En la cámara de Allán y de Camila había quedado abierta una ventana; era el aire muy templado, y no pensaron en cerrarla; la luna comenzaba á platear el azul de la bóveda del cielo, y las acacias del jardín exhalaban sus perfumes de azahar: era una noche muy hermosa, y un alma tierna hubiera creído que la naturaleza misma entonaba sus himnos de alegría á la desposada.

Ya hemos dicho que Camila no era lo que se puede llamar «un alma tierna»: tenía algo de arrebatado y de decidido, que excluía toda idea de ternura; pero la sensibilidad de una mujer es siempre apasionada, no haciéndose nunca como la del hombre, que se fija más en la terminación de las cosas. En la sensibilidad de las mujeres se encuentra siempre una como

queja encantadora, una especie de fatiga de felicidad, bajo la cual se doblegan y no pueden resistir mucho tiempo.... Tal era la ternura de Camila.

Por otra parte, uno de los caracteres de la felicidad es la lentitud de los movimientos de los que gozan de ella. Para vivir más tiempo con el pensamiento que nos hace dichosos, se le retiene todo cuanto es posible; y hasta el cuerpo no varía de actitud, como si se temiera encontrar en el espacio al la ^{no}boque invisible y repentino.

Camila había llevado lentamente á su marido hasta la ventana, y en lugar de mirar al que amaba, contemplaba la noche pura y serena, ó, mejor dicho, no miraba ni á una ni á otro: recibía, sin buscarlas, las impresiones de los dos. Era preciso que entrase tanta parte de la naturaleza como del amor en su emoción, porque había un acuerdo perfecto entre el corazón y la naturaleza, de donde resultaba la felicidad infinita que gozaba, y de la cual, las felicidades devoradas hasta entonces no eran más que un anuncio. Con la ventana cerrada y la cortina corrida, hubiera amado á su marido tanto como le amaba, hubiera estado más sola con él, pero no habría sido tan dichosa como lo era en aquel momento.

Dulces lágrimas se desprendían de los ojos

de la joven, que no advertía eran ellas la causa de que el cielo le pareciese más hermoso, más cristalino, más límpido que de ordinario en la transparencia azul de su éter. Apoyando su cabeza en el hombro de Allán, había querido hablarle, y le había dicho en voz baja:

—¡Déjame así!

No se movía, no pensaba; no tenía deseo alguno: la felicidad la igualaba á esas mujeres en que todo es sensibilidad.

Adorable noche de bodas, si hubiese podido transecurrir toda del mismo modo.

Pero Allán no conocía hacía algún tiempo más que las embriagueces del amor, y el casamiento no había hecho florecer de nuevo en su corazón, como en el de Camila, la felicidad de los primeros instantes del amor. En vano la naturaleza le había dotado de un alma de poeta. Permanecía silencioso como Camila, pero sufriendo. Pensaba en aquella otra mujer, que sin duda contaría las horas en la soledad y en el insomnio. Piedad ó pesar, no veía en sí más que confusión, y se preguntaba si habría quedado mal apagado su primer amor. En vano se decía que quería amar á su mujer. Estas cosas insensatas no se dicen más que cuando el amor ha cesado ó está próximo á dejar de existir. La idea de la felicidad encontrada por

ella, y que tenía miedo de turbar, aumentaba su suplicio. Para librarse de él, y después de muchos movimientos, hasta entonces inútiles, llamó en su auxilio á la voluptuosidad, y trató de calentar sus labios, fríos aún del contacto de los de Iseult, aplicándolos al cuello sedoso de su mujer, que brillaba á la pálida claridad de la luna.

—¡Eres tú! (dijo Camila enlazándole el cuello tiernamente con sus brazos.) ¡Eres tú! ¡Y para toda la vida!....

Y era tanta su dicha, que no tuvo fuerza ni aun para concluir la caricia, aproximando su rostro al de Allán.

¿No era un sacrilegio arrebatarse á las puras regiones de la fantasía y de sus inefables goces á aquella mujer, para hacerla vivir la vida terrestre de las pasiones, momentáneamente abandonada? Pero quería olvidarse de sí mismo y ahuyentar algo que le atormentaba en su interior.

Mas el pensamiento que le acosaba era superior á todos sus esfuerzos, y aquella joven no era solamente su esposa de la mañana, la mujer deseada mucho tiempo y obtenida por fin, era una mujer sin misterio, que no tenía más que su amor, tan grande cuando una mujer se ha entregado, y que es el último resto que le queda, último don que el hombre re-

chaza con desprecio. Así, la caricia prodigada no hacía olvidar al desgraciado el sufrimiento que trataba de desechar.

Quejábase de sí mismo y de su destino, porque aquella magnífica mujer, sentada sobre sus rodillas, y cuyas caderas redondas y voluptuosas abrazaba con ardor, no le causase las emociones que le producía en otro tiempo y de que tan necesitado se hallaba entonces. Y ella no veía en el arrebato de su marido lo que ocultaba, engañándose en el fondo de su alma; se abandonaba á sus caricias más y más, á cada momento. Después, como era apasionada, naturalmente hizo bien pronto otra cosa que abandonarse. Se cambiaron los papeles; Allán, vencido por las resistencias de su corazón, comprendió que Camila, en otro tiempo tan potente, no era sino una mujer vulgar. El marido quedó, mas el amante se desvaneció completamente.

—¡Qué fríos están tus labios, lo mismo que tus cabellos! (dijo Camila). Sin duda el aire y el fresco de la noche.

Y luego en voz baja, ruborizándose, añadió una palabra dulce en la intimidad de dos almas, pero que es casi inmundicia cuando la oye alguno más:

—¡Acostémonos!

Se levantó de sobre las rodillas de su ma-

rido, dirigiéndose hacia el espejo para hacer su peinado de cama. Su vestido de desposada cayó á sus piés en un abrir y cerrar de ojos. Apareció exuberante, cubierta tan sólo con la enagua y el corsé, coraza estrecha y graciosa que bien pronto desató. Allán, á tres pasos de ella, la contemplaba embebido. Á cada velo que caía, aparecía una nueva belleza, un brazo enteramente desnudo, un hombro que escapaba por los pliegues ya deshechos de una última túnica; un abultamiento, lo más manifiesto del seno. Él la contemplaba maquinalmente, como contempla el hombre hastiado, con mirada vaga y fría, la copa que sació su sed, y que, ya vacía, no quiere romper aún.

.....

.....

Sin embargo, la tristeza sombría que se encontraba en el fondo de las caricias del joven, no era advertida por su mujer, y aquella noche de bodas no fué amarga sino para él, pues los instintos de desconfianza se habían dormido en ella, y la emoción no les dejaba tiempo para despertarse; pero otra cualquiera, en el rostro de Allán, visible á medias por la escasa luz de la lámpara de noche, hubiese conocido las angustias que le torturaban.

Aquella noche le pareció interminable, viéndolo, además, la insoportable perspectiva de que

todas habían de ser parecidas en lo sucesivo, como un suplicio eterno. ¿Y qué podía esperar? ¿Que su mujer se durmiera? Inútil ilusión, puesto que el despertar había de traer consigo este irrevocable tormento, renovado sin cesar.

Esta noche de novios sólo para él ofrecía amarguras. Los instintos desconfiados de la vida se hallaban adormecidos, y la emoción no les daba tiempo de despertar. Para cualquiera otra, la expresión de Allán, á la media luz de la lamparilla, hubiera revelado las angustias que ahogaba el joven penosamente. Ella, con los ojos medio cerrados, desfallecida de amor, con la cabeza fuera de la almohada, hacía respirar á Allán los enervantes aromas de su cuerpo. El desgraciado mordió más de una vez, con la rabia del deseo engañado, aquellos hombros; felizmente la boca no depositaba en las carnes su horrible secreto, y al siguiente día, Camila no debía ver en aquellas mordeduras otra cosa que la huella de una noche de amor voluptuoso.

¡Feliz Camila! No venía el sueño á turbar sus goces, y las horas corrían tanto más rápidas y llenas de placer para ella, cuanto lentas y vacías de todo atractivo pasaban para Allán. Él maldecía aquella naturaleza tan fuerte, que resistía á la fatiga de los transportes y

del insomnio; hubiera querido que durmiera, para encontrarse libre y respirar á sus anchas. Cuando los ojos de Camila, velados al presente tanto como de ordinario, se mostraban brillantes, levantaban sus negras pestañas y aparecían cargados de ardiente languidez, contemplando á su marido un momento para cerrarse de nuevo, Allán temblaba que leyera en el fondo de su alma. Hubo un momento en que apagó la lamparilla que proyectaba su luz sobre el lecho y alumbraba, el grupo formado por aquellos dos seres; todo desapareció en la oscuridad.

Al fin, cuando empezaba á apuntar el día, Camila quedó rendida por el cansancio.

Contemplóla Allán á los primeros rayos de la aurora, viendo que cerraba los ojos pesadamente, y que por grados iba perdiendo el conocimiento. ¡Espectáculo delicioso para el que ama! Mas él no gozó mucho tiempo de esta idólatra contemplación. Espiaba el momento en que sin despertarla podía desprenderse de los lazos que le rodeaban; y cuando vió dormida á Camila completamente, separó con dulzura aquellos brazos tan fuertes para retenerle, y en los que la presión del cuerpo, que había gravitado encima, los hiciera adquirir en muchos puntos señales ardientes. Abandonó furtivamente el lecho, del mismo modo que

lo hubiera hecho si no fuera suyo; vistióse apresuradamente, y fué á sentarse al lado de la chimenea. Cogió un libro para sacudir su abstracción, pero no consiguió leer una sola palabra, permaneciendo ensimismado.

Ya estaba el día muy avanzado, cuando Camila despertó. Antes de abrir los ojos hizo un movimiento como para buscar al que debía descansar á su lado; y no encontrándole, sentóse en el lecho asustada y con los ojos desmesuradamente abiertos; mas antes de que hubiera llamado á Allán, le apercibió desfallecido y pálido junto á la chimenea.

—¿Por qué estás ahí?—le preguntó con inquietud.

Él, por toda razón, la dijo que habiéndose sentido algo indispuerto, se había levantado sin querer turbar el sueño de que ella gozaba desde tan poco tiempo.

—Pero ahora me siento bien,—añadió.

—¡Ven á abrazarme entonces!—le dijo Camila volviendo á caer blandamente sobre el lecho.

Él cumplió su deseo; pero en sus labios estampó un beso tan frío como su corazón.

¿Tenía para Camila este primer «buenos días» de su existencia nueva, la fuerza de la ilusión? Aun cuando así fuese, estuvo triste

todo el día siguiente al de su matrimonio, sin saber por qué.... Solamente recordó más de una vez las palomas que habían huído de las ventanas de la iglesia antes de concluir la ceremonia, deduciendo de aquel hecho un presagio funesto.

XVI.

¿Quién es el que, habiendo vivido la vida del corazón, no ha experimentado que en los sentimientos que más le han hecho sufrir, ha habido algunas veces interrupciones singulares, una especie de *renovación* de la felicidad imprevista é inexplicable?.... Camila lo experimentó el día en que sus celos se habían desvanecido ante la palabra franca y compasiva de su madre, durando esta sensación hasta el de su casamiento. La mano que le oprimía el corazón había soltado su presa, y se había dilatado una vez más; pero fué la última.

A la mañana siguiente al día de sus esponsales había sentido una tristeza indefinible, y aquella tristeza no la abandonó ya, por más que no pudiera explicársela, pues su marido no daba motivo para dirigirle el menor reproche. En el tiempo en que estaba celosa, suponía motivos para su frialdad, pero ahora no podía encontrarlos.